



PENSAMIENTOS DE BIBLIOTECA

VII CONCURSO DE CUENTOS REPSOL S. A.

SEGUNDO PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autor: José Gómez López

AÑO 1994

Has entrado en la biblioteca. Observas en la primera sala el alineamiento ordenado de las cabezas y como se empequeñecen progresivamente hacia el fondo de la habitación; cabezas como setas que corren monótonas unas detrás de otras hasta estrellarse en el blanco de aquella pared. Tus pasos te llevan por el pasillo hasta la segunda sala y se sientan en una mesa-baluarte protegida por varios estudiantes. En uno de los laterales de la mesa están las posiciones correspondientes ocupadas. En el otro lateral no hay figura alguna. Tú te sientas en el punto medio enfrentándote osado a tus adversarios. Te miran, callan y siguen con lo suyo. En el flanco izquierdo se halla la figura de un macho-varón. El rasgo principal de su medio cuerpo por ti visible es su costumbre marcada de apoyar la cabeza encima de su mano-repisa izquierda, a la altura de la frente. Absorbe con fruición sus apuntes colocados estratégicamente de forma escorada de manera que parece ignorar el mundo que le rodea. Pelo engomado y pendiente esférico en la oreja derecha adornan la cabeza pensante.

Enfrente de tu rostro se encuentra una mujer. Se trata de una mujer hermosa. Bella. La distancia de la cabeza al raso de la mesa es mínima comparada con el sujeto de la izquierda, lo que te hace pensar en una mujer femínea de estatura media. Su atención al estudio es distraída y poco intencionada. A tus espaldas se halla la entrada a esta sala y su mirada inspeccionadora marcha

detrás de cada sujeto que entra y sale por ella. Al observar a la gente frunce el ceño y encoge los párpados. Semeja como si entrase en cólera al no ver algo de su agrado. Pero tú creas la hipótesis, conjeturas que a lo mejor ella sea miope y que en estos momentos no lleva puestas las gafas. «Qué linda imperfección».

Su espectáculo te trae el recuerdo. Los ojos se dan la vuelta para rever el adentro una vez más. Tenías prisa. Bajaste por las escaleras hasta el portal y corriendo te llegaste hasta la parada del autobús.

Tuviste suerte porque aún no había pasado; allí estaba ella, la mujer de siempre, interminable, transformación física de un ideal. Fue una pena. Pero tú tampoco tuviste la culpa de que ella fuese una mujer traperera, una mujer mala. Tú no tuviste la culpa.

No te has dado cuenta pero la mujer-femínea dirige su mirada asimismo con cierta frecuencia al individuo del flanco izquierdo. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Porqué lo mira? ¿Será por el pendiente esférico que de la oreja derecha lleva colgado el sujeto en cuestión y que es causante de la natural curiosidad de la mujer; o por un sentimiento de atracción más fuerte, causado quizás por ese mismo pendiente esférico que de esa misma oreja derecha lleva colgado? ¿Tendrá culpa el pendiente esférico del mirar subrepticio que la mujer-femínea aplica al macho-varón?

De pronto ocurre algo que te envuelve en la realidad del momento. Vuestros pies, el derecho de ella y el iz-

quierdo tuyo, confabulados con el destino, han chocado por debajo de la mesa. Ella retira su pie y tú el tuyo, pero bien sabe tu voluntad que obligado por la educación y el formalismo. Ella se disculpa. Tú la deseas. No es más que un roce suela contra suela pero el deseo, la atracción hacia esa bella mujer se marcan en tu conducta. Bosteza, le lloran los ojos ¡Es un osito de peluche! «Pobre, tiene sueño». Pero vuelve a mirar el pendiente esférico del sujeto del flanco izquierdo. El no se entera. Sigue estudiando mecánico sobre la hoja ladeada con la cabeza al regazo de la mano-repisa izquierda. «¡Maldito y mil veces maldito, tonta, boba, ciega!». «No le mires más. Mírame a mí, a mí, a mí»

Eso, que te mire. El suspiro, el amor, la añoranza. La caricia de su pelo, el olor de su cuerpo el anochecer, sus labios, sus pechos, su sexo. La mirada inocente y asesina y su piel y la sonrisa infinita... allí delante la mujer-femenina era su recuerdo vivo. ¡Ah de la explosión de caricia suave y de vosotros dos devorándoos, antropófagos, hasta desapareceros por vuestras respectivas bocas! Luego esperarías la traición y el dolor y la rabia y tus aullidos de lobo estepario como cuchillos a la luna testiga, diosa entera de la noche sombría.

El sujeto que bordea el flanco derecho de la mesa recoge los apuntes y marcha. No te ha dado tiempo a fijarte bien en él. Ves como su figura negra se difumina de la realidad. Era el sujeto estático, inmóvil, clavado a una

silla con la cabeza sujeta por ambas extremidades superiores y la mirada acababa sobre sus libros. Te fijas y todavía percibes su mirada llorosa en la sombra grotesca. Lo mismo te da. El individuo del flanco derecho nunca te llegó a impotar demasiado. Lo que de verdad siempre te importó era ella, la mujer interminable; la mujer-femínea que se halla enfrente tuya.

Tu rodilla se levanta y dobla para cambiar de posición y de nuevo, otra vez volvéis a coincidir con vuestros pies, su pie izquierdo y tu pie derecho, en la profundidad sensual de la mesa. Levantas la mano izquierda para disculparte. Ella asiente timidamente y dirige su mirada hacia el libro, fugitiva, crees, de las circunstancias... Pero una vez más su mirada se vuelve atraída como un imán al pendiente esférico del sujeto del flanco izquierdo, al sujeto de la mano-repisa izquierda, ¡al macho-varón maldito! ¿Por qué? ¿Por qué esa atracción equívoca? «¿Acaso no estoy yo aquí?».

Ahora su brazo se dobla sobre la articulación para posar su mano sobre la frente. ¡Su mano metamorfoseada en recipiente o sostén de la cabeza pensante! Igual que el individuo del flanco izquierdo. Idéntica posición, idéntica figura. Imagen mimética de un macho-varón con mano-repisa. ¿Qué ocurrió con los roces que el destino-intención quiso que os dieseis ambos con la punta de vuestros pies? ¿Pueden más un pendiente esférico engominado que una caricia gobernada por el timón del deseo, eyaculadora de esperanza?

El sujeto de la izquierda descuelga o despega su brazo de la frente y recoge sus apuntes. Marcha. Tú te alegras. Ella le sigue con los ojos hasta que desaparece detrás de la puerta. Por fin, el enemigo se rinde y tú sales victorioso. Es la hora de la verdad; ella y tú solos, frente a frente. Ella, imagen mimética reducida a figura sin espejo y tú, piel de zapato frustrado con ansias de recuperar el orgullo perdido.

Pero algo ocurre; ella alza la vista y te mira con sus ojos miopes, ojos arrugados que parecen enfadados; la sangre corre rápida a cada latigazo del corazón y la saliva se espesa fría en la boca.

Allí, solo ante ella, te das cuenta de que el verdadero enemigo no era el macho-varón, sino ella, la mujer-femenina, jugadora de sentimientos humanos, portadora de la belleza que engaña. «¡Oh, traición, traición! ¡Qué estúpido he sido! Es una mujer mala». Bosteza, le lloran los ojos. «Pobre, si tiene sueño». Te levantas fugaz de la silla, rodeas la mesa y al llegar junto a ella la matas. Muerto el enemigo, corres, huyes, escapas para llorar luego solo en la noche tristísima.